



# **Observatorio de las Ideas**

REVISTA DE IDEAS

EJEMPLAR EDITADO PARA

**Cortesía del Editor**

Nº93 - DICIEMBRE 2020



---

DIRECTOR

**Andrés Ortega**

---

CONSEJO ASESOR

**Antón Costas**

**Guillermo de la Dehesa**

**Javier Nadal**

**Ana Palacio**

**Ignacio Pérez de Arriaga**

**Manuel Pimentel**

**Josep Piqué**

**Narcís Serra**

**Pedro Solbes**

**Juan Tapia**

---

EQUIPO DE INVESTIGACIÓN

**Gloria Álvarez**

**José Balsa**

**Manuel Cebrián**

**Jordi Domènech**

**Xavier Massa**

**Ángel Pascual-Ramsay**

**Francesc Trillas**

---

EDITA

**Observatorio de Ideas S.L.**

CONSEJERO DELEGADO

**Daniel Fernández**

---



Estimado/a lector/a:

¿Vivimos el tiempo en que más está cambiando la historia, el que más influye en esa transformación? Si miramos hacia el pasado, probablemente la respuesta sea afirmativa, pero, con la vista puesta en el futuro, resulta negativa. La «hipótesis del gozne de la historia» –nuestra primera idea– no es una mera especulación intelectual, sino que puede tener consecuencias prácticas sobre en qué invertimos nuestros esfuerzos, si en salvar el presente o trabajar para el largo plazo y las generaciones venideras.

Nuestra segunda idea versa sobre las tres áreas, la tríada, en la que los países van a competir en la búsqueda del dominio de la inteligencia artificial: los datos, los algoritmos y la potencia de cálculo. El tercer análisis plantea, de la mano de Jean Tirole, cómo afrontar los monopolios que están suponiendo las *big tech*, las grandes tecnológicas, para lo que se necesitan políticas públicas sin caer en un exceso de regulación. Finalmente, se estudia cómo las bolsas están perdiendo valor como elemento para guiarnos sobre la marcha de las economías.

Martin Sandbu ha publicado un libro sobre la «economía de la pertenencia», escrito antes de la pandemia pero que cobra todavía mayor importancia ante el alcance y las consecuencias de ésta. Podría servir de base para buscar elementos de consenso nacional para políticas de recuperación económica social y, por tanto, también política. Como segunda reseña, aportamos la obra de Quassim Cassam sobre las teorías de la conspiración, que también han cobrado más importancia en las actuales circunstancias, y no sólo en Estados Unidos.

Espero que estas ideas despierten su interés, le descubran algún aspecto nuevo de las reflexiones en curso y abran esperanzas.

Con mis más cordiales saludos, cuídese.

**Andrés Ortega**

*Director*





## Observatorio de las Ideas

REVISTA DE IDEAS

### | IDEAS DE INTERÉS |

#### ¿VIVIMOS EL MOMENTO MÁS INFLUYENTE DE LA HISTORIA?

**Publicación:** «Are We Living at the Most Influential Time in History?», de **William MacAskill**.

**Síntesis:** *¿Vivimos en el momento más influyente de la historia? Es improbable y, por tanto, debemos invertir recursos en acciones que generen capacidades que puedan utilizar futuras generaciones con mayor capacidad de influencia sobre el devenir de nuestra civilización.*

#### LA TRÍADA DE LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL

**Publicación:** «The AI Triad and What it Means for National Security Strategy», de **Ben Buchanan**.

**Síntesis:** *Los países van a competir en tres áreas de IA: datos, algoritmos y potencia computacional, aunque la prioridad relativa cambiará según avancen las tecnologías. Los responsables de formular políticas tienen que diseñar una estrategia de inteligencia artificial transversal que aborde los tres ejes, al tiempo que evalúan qué parte de la tríada y, por lo tanto, qué palancas políticas son más importantes para el país.*

#### ENTRE POPULISMO TECNOLÓGICO Y MONOPOLIO GLOBAL

**Publicación:** «Competition and the Industrial Challenge for the Digital Age», de **Jean Tirole**.

**Síntesis:** *Sin caer, en un extremo, en el populismo tecnológico y, en el otro, en el monopolio global, hay que mejorar las políticas públicas para prevenir problemas graves de monopolización tecnológica.*

#### LAS BOLSAS PIERDEN COMO REFERENTES DE LA ECONOMÍA

**Publicación:** «Has the Stock Market Become Less Representative of the Economy?», de **Frederik P. Schlingemann** y **René M. Stulz**.

**Síntesis:** *Se ha producido una reducción de la contribución en empleo y valor añadido de las empresas cotizadas en EE UU a la economía estadounidense, que tiene que ver con el proceso de terciarización.*

### | LIBROS |

**LA ECONOMÍA DE LA PERTENENCIA.** *The Economics of Belonging: A Radical Plan to Win Back the Left Behind and Achieve Prosperity for All*, de **Martin Sandbu**.

**TEORÍAS DE LA CONSPIRACIÓN.** *Conspiracy Theories*, de **Quassim Cassam**.

## ¿VIVIMOS EL MOMENTO MÁS INFLUYENTE DE LA HISTORIA?

■ **Publicación:** «Are We Living at the Most Influential Time in History?», Effective Altruism Forum, septiembre de 2019. Disponible en el siguiente enlace:

<https://bit.ly/2HRFJMw>

Debate sobre el tema en este artículo de la BBC de septiembre de 2020:

<https://bbc.in/35Mr25V>

■ **William MacAskill** es profesor de Filosofía en la Universidad de Oxford, *fellow* en el Global Priorities Institute y cofundador y presidente del Centre for Effective Altruism.

*Resumen: ¿Vivimos en el momento más influyente de la historia? Es improbable y, por tanto, debemos invertir recursos en acciones que generen capacidades que puedan utilizar futuras generaciones con mayor capacidad de influencia sobre el devenir de nuestra civilización.*

Vivimos tiempos extraordinarios. No se trata sólo de la COVID-19, sino de la acumulación de tendencias transformadoras y potencialmente desestabilizadoras, desde el cambio climático a la inteligencia artificial o la biología sintética. Tiempos tan convulsos que es legítimo preguntarse: ¿podríamos estar viviendo un tiempo particularmente significativo? Es un debate muy presente dentro del movimiento del *longtermism* (largoplazismo), que defiende la necesidad de tomar mayor conciencia del impacto de nuestras acciones a largo plazo. Dentro de este movimiento están creciendo los defensores de la hipótesis de que estamos no ya en un momento particularmente transformador, sino en el tiempo más influyente de la historia de la humanidad.

William MacAskill, uno de los fundadores del movimiento Altruismo Efectivo, explora en este artículo la relación entre ambas ideas y si la segunda de ellas, que llama *Hinge of History Hypothesis (HoH)* (algo así como la «hipótesis del gozne de la historia»), es razonable. Se trata de algo más que un debate abstracto, puesto que la respuesta debería determinar si, de cara a proteger la supervivencia de la humanidad, tiene más sentido emplear nuestros recursos ahora o en el futuro.

*«La respuesta a esta pregunta debería determinar si, de cara a proteger la supervivencia de la humanidad, tiene más sentido emplear nuestros recursos ahora o en el futuro».*

MacAskill define la HoH como aquella que defiende que vivimos en el tiempo más influyente que jamás ha existido, donde un periodo es más influyente que otro

si una persona preocupada por el largo plazo preferiría dedicar una unidad más de recursos a ese momento que a cualquier otro. Identifica dos argumentos principales a favor de la HoH. El primero defiende que vivimos un tiempo que va a definir los valores que regirán el futuro de nuestra civilización, así como los mecanismos que los perpetuarán, basándose en que probablemente desarrollaremos en este siglo la inteligencia artificial general, y ésta nos lleve a su vez a la superinteligencia. Cómo gestionemos esta transición determinará el futuro de la humanidad. Este argumento puede hacerse también respecto a otras tecnologías, como la ingeniería genética.

El segundo argumento sostiene que vivimos en una era de riesgo de extinción inusualmente alta, al tener una gran capacidad tecnológica para destruirnos pero no la sabiduría para no hacerlo. La tecnología nuclear o la biología sintética serían dos claros ejemplos de este peligro.

Otros argumentos que, según MacAskil, esgrimen los defensores de la HoH son que estamos en un tiempo relativamente reciente de la historia humana y las generaciones más tempranas tienen una mayor capacidad de influir en los valores y motivaciones de futuras generaciones; que vivimos un período de inusual crecimiento económico y tecnológico, o que estamos inusualmente conectados y con capacidad de cooperar para definir el futuro.

McAskill no encuentra ninguno de estos argumentos persuasivos por varias razones. En primer lugar, porque la HoH es bastante improbable en términos probabilísticos. Si consideramos los miles o millones de años durante los cuales los humanos aún pueden potencialmente existir, habrá muchas más generaciones por delante de la nuestra de las que ha habido hasta ahora.

*«MacAskill piensa que es improbable que estemos viviendo en la era más influyente de la humanidad».*

En todo ese período, sólo habrá un momento que sea el más influyente. Sería muy sorprendente que fuera precisamente el nuestro. Además, futuras generaciones serán en principio científicamente y moralmente más

ilustradas que la actual. Por lo tanto, debería haber evidencia inequívoca para decir que éste es el momento más influyente de la historia, y no la hay.

En segundo lugar, la HoH no sólo es improbable, sino también «sospechosa», dice MacAskill. Si hay alternativas no altamente improbables a la HoH, es legítimo pensar que un razonamiento que nos lleve a una hipótesis tan improbable pueda ser defectuoso. Y hay sesgos que fácilmente pueden conducirnos en esa dirección, como la tendencia a conceder más importancia a acontecimientos presentes que a los futuros o pasados, el sesgo de confirmación por el que las personas preocupadas por el futuro del planeta tienden a exagerar las razones que confirman su inquietud o nuestro pobre historial a la hora de evaluar la importancia de fenómenos históricos, a menudo exagerando su relevancia.

El tercer argumento para el escepticismo es que, si es razonable pensar que la capacidad de los humanos de influir en el futuro de la civilización ha ido creciendo con el tiempo, también lo es pensar que seguirá haciéndolo y que, por tanto, el porvenir albergará una mayor capacidad de influir que el presente. MacAskill considera que, de hecho, ésta es una asunción razonable, al menos porque nuestra capacidad en términos de conocimientos científico-tecnológicos y de ciencias sociales se ha incrementado con el tiempo. Pone como ejemplo que tan sólo hace unas décadas una persona concienciada en mejorar el futuro no habría pensado en el potencial de la IA o de la biología sintética para lograrlo.

Por estos y otros argumentos, MacAskill piensa que es improbable que estemos viviendo en la era más influyente de la humanidad. Las implicaciones son importantes. Si realmente lo estuviésemos, lo racional para cualquier persona preocupada por el largo plazo sería el dedicar el mayor número posible de recursos a actuar ahora. Pero, si como defiende MacAskill, no es así, deberíamos invertir una parte importante de nuestros recursos actuales en iniciativas que redunden en mayores capacidades para que puedan disponer de ellas generaciones futuras que vivan en momentos más influyentes; iniciativas como la construcción de movimientos sociales y fundaciones con vocación de largo plazo o la investigación en los campos científico, moral, político y filosófico.

Por Ángel Pascual-Ramsay

## LA TRÍADA DE LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL

■ **Publicación:** «The AI Triad and What It Means for National Security Strategy», Center for Security and Emerging Technologies de Georgetown, agosto de 2020.  
Informe descargable en el siguiente enlace: <https://bit.ly/35iNBim>

■ **Ben Buchanan** es director del Proyecto de Ciberseguridad e IA del Center for Security and Emerging Technologies de la Universidad de Georgetown (EE UU).

*Resumen: Los países van a competir en tres áreas de IA: datos, algoritmos y potencia computacional, aunque la prioridad relativa cambiará según avancen las tecnologías. Los responsables de formular políticas tienen que diseñar una estrategia de inteligencia artificial transversal que aborde los tres ejes, al tiempo que evalúan qué parte de la tríada y, por lo tanto, qué palancas políticas son más importantes para el país.*

La premisa del informe es que «los sistemas de aprendizaje automático utilizan la potencia informática para ejecutar algoritmos que aprenden de los datos». Éste es el paradigma de la inteligencia artificial moderna frente al de los «sistemas expertos» del pasado, que se centraban en codificar el conocimiento humano de una manera que la máquina pudiera procesarlo. Un ejemplo del paradigma previo es DeepBlue de IBM, que tomó como *input* las aportaciones de los grandes maestros del ajedrez para vencer a Garry Kasparov en 1997, al contrario que en el aprendizaje automático, en el que se favorece que el sistema pueda aprender por sí solo. El artículo está basado en la rama del aprendizaje automático denominada «aprendizaje profundo» (*deep learning*).

Los tres elementos (datos, algoritmos y potencia de cálculo), que para la comunidad informática han sido claves para entender el aprendizaje profundo, también lo serán, según el autor, para generar políticas. Por ejemplo, el laboratorio de investigación líder en inteligencia artificial OpenAI, que entrenó al GPT-3 es un sistema de generación de textos que escribe párrafos completos además de otras tareas lingüísticas. Los ingenieros recopilaron un billón de palabras, alrededor de 540 GB de escritura humana (datos) e idearon un algoritmo con 175 000 millones de parámetros aprendidos que podía predecir

*«La calidad, la cantidad y la representatividad de los datos pueden ayudar a capturar mejor el mundo real y potenciar el aprendizaje automático».*

qué palabra venía después de una oración según los patrones recopilados (algoritmo que imitaba la escritura), para posteriormente, durante varios días, ejecutar el sistema GPT-3 en computadoras de alto rendimiento (potencia de cálculo) que realizaron billones de cálculos. El resultado de combinar los tres componentes tuvo sus frutos: el 88 % de los lectores pensó que los textos eran de humanos, y no sólo eso, sino que el programa podía continuar un informe de noticias o escribir la siguiente estrofa de un poema sin perder el estilo del escritor original.

Los algoritmos que gobiernan los sistemas de aprendizaje automático, procesan la información y toman decisiones pueden ser comúnmente de tres tipos: aprendizaje supervisado, que a través de datos estructurados extraen conocimiento; aprendizaje no supervisado, que tomando como *input* datos desorganizados logran generar estructuras o agrupaciones; y aprendizaje por refuerzo, que, mediante prueba y error, desarrollan sus capacidades. Los sistemas de aprendizaje suelen aprender de los datos, aunque si un hecho no se encuentra disponible en los datos proporcionados a la máquina, el sistema no puede aprender, lo que se acentúa más en el aprendizaje supervisado.

La calidad, la cantidad y la representatividad de los datos pueden ayudar a capturar mejor el mundo real y a potenciar el aprendizaje automático. Su ausencia, por el contrario, introduce sesgos, reduce la efectividad de los sistemas y hace que éstos funcionen deficientemente. La recopilación de los datos presenta numerosos desafíos y, después de su extracción, deben organizarse, almacenarse y hacerse accesibles, lo que genera desafíos técnicos y organizativos, así como obstáculos legales y regulatorios, a menudo por razones de privacidad, lo que limita lo que las organizaciones pueden hacer con ellos. La relevancia de los datos en los distintos contextos marca la diferencia. Se pueden tener muy buenos datos para un problema específico, pero, si se cambia de contexto, sector o país, es difícil juzgar el valor de esos mismos datos. Los sesgos que presentan los datos de entrenamiento también pueden afectar a la precisión de la respuesta. Un ejemplo era el sistema de Amazon de filtrado de currículums que discriminaba a las mujeres porque los datos proporcionados estaban sesgados hacia el género masculino, por lo que tuvo que ser descartado en los procesos de selección. Otro problema es la «explicabilidad», es decir, «cuando los sistemas de aprendizaje automático heredan sesgos de sus datos de entrenamiento y toman decisiones sesgadas sin explicar el por qué».

La potencia informática, que afecta al rendimiento y coste del sistema, es esencial cuando aumenta la complejidad de los algoritmos y crece el número de los datos. Rich Sutton, considerado fundador de la inteligencia artificial moderna, deja entrever que el *hardware* de la computadora que permite el aprendizaje automático sería más importante que la arquitectura de los algoritmos y los datos del conocimiento humano. Hay tres factores que afectan a la potencia de computación que no son precisamente baratos: 1) la ley de Moore (la potencia informática se duplica cada dos años, aunque no se cumple tan bien cuando se combina con sistemas de inteligencia artificial; 2) la aplicación de la computación en paralelo en los chips de aprendizaje automático, que permitiría a varios cientos de procesadores trabajar simultáneamente en tareas divididas en muchas partes gestionándose todas a la vez; 3) la mayor eficiencia de los chips para aprendizaje automático, ya que no es lo mismo ejecutar un algoritmo que usa redes neuronales para aprender de los datos que una simple hoja Excel que utiliza instrucciones humanas directas.

*«Una buena política de inteligencia artificial comienza por desmitificar la tecnología subyacente».*

Cada elemento de la tríada requiere aplicar palancas políticas distintas. Algunas propuestas se muestran en el apartado 2 del informe. Así, para potenciar los algoritmos, un país debe atraer, desarrollar y retener el talento de investigadores en aprendizaje automático, por ejemplo, a través de control de visados, estrategias industriales, reciclado de trabajadores y marcos de certificación para habilidades de IA o inversión en educación y profesores para suplir la carencia de docentes de IA. Es en este terreno de la competencia en IA donde se libra una batalla geopolítica. Para lograr más y mejores datos se requiere trabajar en las políticas complejas que afectan a los sesgos, la privacidad y la ciberseguridad, mientras que la potencia informática puede influir en los controles de exportación en la política exterior y supone un cuello de botella para la investigación en inteligencia artificial del país. En definitiva, se debe diseñar una estrategia transversal, y el primer paso, como apunta el autor, es que «una buena política de inteligencia artificial comienza por desmitificar la tecnología subyacente». Es decir, que los formuladores de políticas comprendan la tecnología inmersa en los tres elementos de la tríada y cómo éstos pueden afectar a la seguridad nacional.

Por **Gloria Álvarez Hernández**

## ENTRE POPULISMO TECNOLÓGICO Y MONOPOLIO GLOBAL

■ **Publicación:** «Competition and the Industrial Challenge for The Digital Age», de próxima aparición en la *Deaton Review*. Disponible en el siguiente enlace: <https://bit.ly/35XbKv8>

■ **Jean Tirole**, premio Nobel de Economía en 2014, es profesor de la Toulouse School of Economics.

*Resumen: Sin caer, en un extremo, en el populismo tecnológico y, en el otro, en el monopolio global, hay que mejorar las políticas públicas para prevenir problemas graves de monopolización tecnológica.*

Jean Tirole aborda la controversia sobre el poder de las grandes empresas tecnológicas desde la perspectiva de los retos que plantean de defensa de la competencia. Aunque reconoce que las cuestiones referidas a su influencia política y a la privacidad también son muy importantes e interactúan con las cuestiones de competencia, centrarse en estas últimas permite acotar la reflexión y asociarla a líneas de trabajo maduras en economía, a las que ha contribuido de forma notable el autor a lo largo de las últimas décadas.

Parte de la base de que el poder que han acumulado las grandes empresas tecnológicas ha dado lugar a una reacción por parte de sectores significativos de la opinión pública y de la esfera política, que en un extremo puede degenerar en lo que algunos llaman *techlash* (una mezcla en inglés de *backlash* o reacción y *technology*), por lo que se podría traducir como «reacción tecnológica»: una especie de populismo tecnológico que puede comportar, si no se toman precauciones, decisiones precipitadas con más costes que beneficios para la sociedad a largo plazo. Las reflexio-

*«Las cuestiones referidas a su influencia política y a la privacidad también son muy importantes e interactúan con las cuestiones de competencia».*

nes del autor tienen como objetivo encontrar un equilibrio entre este populismo tecnológico y la acumulación de poder sin límites por parte de las empresas.

La reflexión de Tirole es una recopilación de asuntos que se han planteado en el debate sobre estas cuestiones y cómo la investigación económica los ha abordado, aunque no profundice en este caso en ninguno de los aspectos con la disciplina de un modelo teórico o de un ejercicio empírico. El repaso empieza preguntándose si las soluciones tradicionales a los problemas de monopolización pueden ser una solución deseable en este caso.

Estas soluciones tradicionales son difíciles de aplicar en el caso de las grandes plataformas tecnológicas globales. Hay que recordar que el modelo de negocio de muchas de estas plataformas consiste en ofrecer a una parte del mercado servicios gratuitos a cambio de los datos de los usuarios (que se ofrecen por un precio a anunciantes), en un contexto de rápido cambio tecnológico y constante aparición de nuevos servicios.

Una de estas soluciones es la regulación de las condiciones de negocio (habitualmente precios) a partir de la información sobre los costes. Pero el carácter global de las plataformas y el constante cambio tecnológico dificultan mucho esta opción. Otra posibilidad basada en casos tradicionales de monopolización (como ocurrió con la telefonía en Esta-

dos Unidos) sería la partición de las empresas, pero eso las privaría de una de sus principales fuentes de productividad, que son las economías de red, de escala o de alcance, que las hace ofrecer mayor valor para los usuarios cuanto mayor es la compañía. Opciones conectadas con reflexiones tradicionales que le parecen más plausibles a Tirole, aunque sujetas a numerosas dificultades, serían lo que él llama «regulación *light*» (a través de agencias digitales especializadas en el sector público), y medidas que aseguren la contabilidad del sector. Las agencias digitales no llevarían a cabo una regulación de precios mediante la monitorización de los costes, pero sí harían un seguimiento de las empresas, para asegurarse de que no realizan acciones que dificulten la aparición a lo largo del tiempo de potenciales competidores. Para que éstos surjan, es preciso mantener en todo momento unas condiciones de contestabilidad, es decir, que siempre existan proyectos empresariales que, en un sentido dinámico, puedan presentar alternativas a las empresas establecidas en el presente.

A continuación, el autor discute dos cuestiones que suelen plantearse como acciones que desarrollar para compensar el gran poder de las empresas tecnológicas globales. En primer lugar, la propiedad de los datos, que en estos momentos los usuarios se supone que aportan a cambio de servicios por los que a menudo no pagan un precio monetario. Aunque existen posibilidades de otorgar un mayor poder a la población usuaria sobre sus datos, no tienen un grado de madurez suficiente como para alterar la situación actual, por lo menos de momento. En segundo lugar, las políticas industriales dirigidas a apoyar sectores y proyectos específicos, que podrían crear iniciativas en varias regiones del planeta (por ejemplo, en Europa) que ejerzan presión competitiva sobre las grandes empresas establecidas. Aunque la política industrial está sujeta a los riesgos propios de las políticas proteccionistas, debidamente condicionadas a una serie de cuestiones (como la neutralidad tecnológica), en algunos casos puede ser inevitable.

Finalmente, el trabajo aborda una serie de cuestiones institucionales referidas a la ubicación en la jerarquía administrativa de las políticas sobre las empresas tecnológicas. En este sentido, Tirole aboga por políticas que tengan cierta independencia del poder político, precisamente para no caer en el populismo tecnológico y permitir desarrollar una cierta acumulación de conocimiento experto. La otra dimensión que debe propiciarse en cuanto a cuestiones institucionales es la coordinación internacional, dado el carácter global de estas empresas, así como la coordinación entre políticas, por ejemplo, entre política laboral y la de competencia. En el caso de Uber, una mayor protección laboral puede impedir el

*«Tirole aboga por políticas que tengan cierta independencia del poder político, precisamente para no caer en el populismo tecnológico y permitir desarrollar una cierta acumulación de conocimiento experto».*

deseable (desde el punto de vista competitivo) *multi-homing*, o posibilidad de que las personas trabajadoras puedan desarrollar labores para distintas plataformas, y por eso las cuestiones laborales y de competencia deberían abordarse en una síntesis coordinada.

El autor concluye que quizás no hagan falta nuevos instrumentos de políticas muy espectaculares, pero sí dotar mejor al aparato público (incluyendo una mayor coordinación internacional) para actuar con anticipación y no cuando es demasiado tarde, previendo así problemas de monopolización.

Por **Francesc Trillas**

## LAS BOLSAS PIERDEN COMO REFERENTES DE LA ECONOMÍA

■ **Publicación:** «Has the Stock Market Become Less Representative of the Economy?», NBER Working Paper 27942, octubre de 2020.

■ **Frederik P. Schlingemann** es catedrático de Finanzas y Organización de Empresas en la Escuela de Negocios Katz de la Universidad de Pittsburgh. **René M. Stulz** es catedrático de Finanzas en la Universidad Estatal de Ohio y director del centro Dice de investigación en economía financiera.

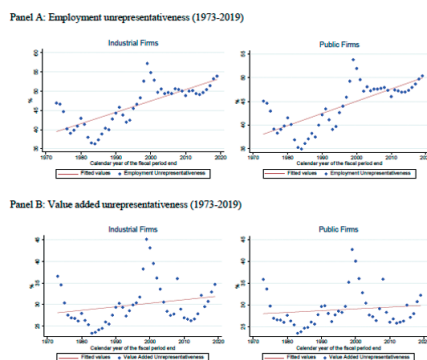
*Resumen: Se ha producido una reducción de la contribución en empleo y valor añadido de las empresas cotizadas en EE UU a la economía estadounidense, que tiene que ver con el proceso de terciarización.*

En los últimos meses, Donald Trump venía mencionando la evolución del Dow Jones para defender sus supuestos éxitos en política económica, cuando quizás otros indicadores no revelaban una situación tan boyante de la economía. ¿Hasta qué punto reflejan los índices bursátiles la marcha agregada de la economía?

Los autores analizan la contribución a la economía agregada de las grandes empresas del Dow Jones desde 1950 hasta 2019. En particular, se concentran en la contribución de las grandes empresas al empleo agregado y al valor añadido total de la economía. Varios factores pueden estar afectando esta contribución: su valoración puede estar distorsionada en los mercados financieros; no todas las empresas de cierto tamaño tienen el mismo incentivo para cotizar en bolsa, y empresas con mucho potencial de crecimiento futuro pueden tener capitalizaciones altas y contribuciones modestas a la economía en el presente.

Los resultados principales aparecen en el gráfico que reproducimos a continuación, en el que se presenta la evolución de la «no representatividad» de las grandes empresas cotizadas desde 1973 hasta 2019. En el caso de la representatividad medida como aportación al empleo, se observa una tendencia creciente hacia la mayor no representatividad, mientras que en valor añadido la serie se mantiene mucho más estable, aunque con tendencia a la no representatividad.

*«Las empresas en crecimiento en el sector servicios, que concentran más generación de empleo, no tienden a cotizar en los mercados bursátiles».*



Según los autores, los períodos de evaluación exagerada de los activos bursátiles explican los picos en la serie de representatividad de las bolsas respecto a la economía, que fue mayor en los años ochenta. Mirando las tendencias más a largo plazo, la razón fundamental que explica la tendencia ascendente de la no representatividad de la capitalización bursátil es el propio proceso de desindustrialización. Las empresas no industriales no tienen los mismos incentivos que las industriales a la hora de acudir a la bolsa para capitalizarse. Estas últimas requieren grandes inversiones en planta y maquinaria que no son necesarias en las empresas de servicios. Esto significa que la pequeña y mediana empresa del sector servicios, rica en capital intangible y capital humano especializado, tiene menos incentivos que la empresa industrial para acudir a los mercados bursátiles. A la vez, las empresas en crecimiento en el sector servicios, que concentran más generación de empleo, no tienden a cotizar en los mercados bursátiles. Los sectores con más empleados en EE UU en 2019 fueron el comercio, transporte y los servicios de energía, agua y electricidad, con casi 28 millones de empleos, de los cuales 11,3 millones son de compañías cotizadas. Sin embargo, en los siguientes sectores con más empleos, educación y sanidad, con más de 24 millones de puestos, las compañías cotizadas representan algo menos de 900 000. En el tercer sector con más empleos, los servicios financieros, más de 21 millones de puestos de trabajo, sólo el 11 % de los ellos pertenecen a empresas cotizadas.

Estas tendencias no son comparables en el caso del valor añadido. Aunque los autores tienen que hacer varios supuestos para calcular el valor añadido anual de cada empresa (dado que las compañías no suelen revelar el coste salarial de sus plantillas), la tendencia en valor añadido es mucho más plana. Esto tiene sentido porque, si bien la compañía estadounidense cotizada más grande es la empresa en el puesto 40 en número de empleos que concentra, es de las primeras en términos de valor añadido.

En este sentido, mientras el acceso a los mercados financieros se está generalizando con plataformas *fnitech* y la reducción de costes, la marcha general de las capitalizaciones bursátiles explica una proporción menor de la evolución de la economía, una consecuencia poco conocida de la desindustrialización que ha venido afectando a las economías avanzadas. Como este proceso es particularmente visible en el empleo más que en el valor

*«La marcha general de las capitalizaciones bursátiles explica una proporción menor de la evolución de la economía, una consecuencia poco conocida de la desindustrialización».*

añadido, no es de extrañar que cada vez más la capitalización de las empresas cotizadas no refleje su contribución al empleo agregado. Estaría por ver si esta menor representatividad se produce también en el caso español, aunque es esperable que esto sea así. Con un tejido económico muy centrado en la pequeña y mediana empresa, y dadas las grandes diferencias en productividad entre las empresas más grandes y el tejido de pymes, es probable que la representatividad de las empresas cotizadas no refleje la contribución de éstas al empleo agregado, aunque sí al PIB español.

Por **Jordi Domènech**

## LA ECONOMÍA DE LA PERTENENCIA

---

*The Economics of Belonging: A Radical Plan to Win Back the Left Behind and Achieve Prosperity for All* («La economía de la pertenencia: un plan radical para ganarse de nuevo a los que se han quedado atrás y lograr prosperidad para todos»), de **Martin Sandbu**, Princeton University Press, 2020, 296 págs.

Por **Miguel Otero Iglesias**

Como se puede apreciar a partir del título, el libro de Martin Sandbu, comentarista económico para Europa del *Financial Times* y un referente en los debates de economía (política) internacional, es ambicioso. Sandbu ha demostrado ser un analista muy fino a lo largo de estos años de crisis, y hay decir que este libro cumple con muchas de las expectativas que se habían generado en torno a él. En estos tiempos en los que muchos políticos y comentaristas llaman a crear un nuevo contrato social para superar las tensiones políticas, económicas y sociales que están sufriendo muchas democracias occidentales, Sandbu pasa de las musas al teatro y presenta una batería de propuestas concretas que se podrían implementar para rebajar el malestar de amplias capas de nuestras sociedades.

Pero antes de llegar al «qué hay que hacer», la segunda mitad del libro, dedica la primera parte de su ensayo a diagnosticar «qué ha ido mal». Aquí empieza reproduciendo el gráfico más compartido de los últimos años, el elefante de Branco Milanovic, que muestra cómo los grandes vencedores del período de la llamada hiperglobalización, de 1988 a 2008, fueron las clases medias de los países emergentes, sobre todo de China e India, y el 5 % más rico del mundo; y los grandes perdedores, los trabajadores de cuello azul (es decir, la clase obrera) de EE UU y Europa occidental. Sin embargo, Sandbu destaca, y ésta es una de sus primeras aportaciones al debate, que este proceso coincidió con la globalización, pero no es una consecuencia directa de ella.

### Dos argumentos centrales

Para él, hay tres factores, asociados a la globalización, que se suelen identificar como los causantes de la pérdida de poder adquisitivo de las clases medias en Occidente, pero que realmente no han tenido los efectos nocivos que se les achacan. El primero es el «*shock* de China». La interpretación dominante, y así la ha usado el presidente Donald Trump en sus discursos políticos, es que las importaciones provenientes de China han diezmando el poder manufacturero de EE UU y gran parte de Europa occidental. Sandbu desmonta este argumento señalando, con evidencia empírica, que ese efecto sólo explica cerca de una quinta parte de la pérdida de empleos en EE UU. Los otros cuatro quintos se deben al uso creciente de la tecnología, sobre todo la automatización, en los procesos industriales. Es más, frente a la creencia popular de que la producción industrial ha decrecido en Occidente, Sandbu demuestra que no es verdad. Lo que han decrecido son los empleos en el sector secundario (unos 90 millones desde los años ochenta), pero no su *output*.

Por lo tanto, la frase «China nos roba nuestros empleos» no se sostiene. La explosión de comercio internacional ha sido positiva para muchos países emergentes, y es verdad que un número importante de trabajadores en Occidente se han visto desplazados por esa

competencia, pero eso también ha hecho que cayesen los precios, lo que ayuda a las clases trabajadoras, y que se hayan creado muchos otros puestos de trabajo en otros ámbitos que han compensado esas pérdidas. Algo similar pasa con el segundo factor que se suele comentar: el de la inmigración. También aquí hay muchos estudios que demuestran que el efecto de desplazamiento ha afectado a una franja reducida de la población de los países receptores, y éstos lógicamente se consideran los perdedores, pero que en general la migración provocada por la globalización ha beneficiado tanto a las sociedades emisoras, porque sus trabajadores aumentan su productividad y sus salarios y envían remesas o vuelven mejor formados, como a las receptoras, ya que la población nativa se desplaza a empleos con mayor valor añadido.

Finalmente, la tercera cabeza de turco que se suele destacar a la hora de explicar el rechazo a la globalización es el crecimiento de las finanzas. Es bien sabido que el movimiento de capitales especulativos, sobre todo antes de la crisis financiera global de 2008, ha creado una enorme inestabilidad y, además, acentuado la desigualdad en las rentas, ya que los salarios del sector financiero son desproporcionalmente altos. Pero también aquí Sandbu argumenta que la culpa no es de la globalización, sino de las nuevas tecnologías como Internet y los algoritmos de alta frecuencia, que han acelerado el volumen de transacciones. Eso y el crédito barato por el exceso de ahorro y el poco consumo han hecho que la financiarización de las economías sea un proceso realmente doméstico. Según él, incluso si no hubiese globalización financiera, las economías de EE UU, Reino Unido o España, por poner unos ejemplos, estarían igual de financiarizadas.

Todo esto lleva a Sandbu a presentar dos argumentos centrales. El primero es que la polarización y el descontento social de nuestras sociedades tiene su raíz en la economía, y no en factores culturales. La ira y la falta de pertenencia de muchas clases trabajadoras, y parte de las clases medias, viene de errores de política económica. Cuando la gente ve que su estatus y el de la comunidad que la rodea está en declive, es casi natural que se agarre a instintos más tribales y nativistas (y hasta xenófobos). Por eso es tan importante volver a empoderar a estas personas y a las zonas deprimidas (muchas en el ámbito rural) que no se sienten representadas por las élites.

Pero para el autor, y éste es el segundo gran argumento, la solución no está en un mayor proteccionismo, ni siquiera en una cierta reversión de la globalización para recuperar mayor soberanía nacional, como propone Dani Rodrik. Es más, Sandbu intenta resolver el trilema de Rodrik insistiendo en que necesitamos más, no menos globalización, pero para eso tenemos que aprender de dos errores del pasado y uno del presente, lo que él denomina los tres *strikes* (usando una metáfora del béisbol) que han descalificado al *establishment* social-liberal de los últimos cincuenta años. El primero es no adaptar las instituciones y estructuras que marcan la relación entre trabajo y capital a la gran transformación de la sociedad industrial, a la sociedad de servicios que se produjo entre los años setenta y noventa del siglo pasado. El debilitamiento de la negociación colectiva ha hecho que los salarios se estancasen con respecto a la productividad.

El segundo *strike* se produjo, después de la crisis financiera global, en lo que él considera que ha sido una gran recesión autoinfligida por la obsesión de reducir los déficits y no dejar que países como Grecia (y quizás alguno más) reestructurasen su deuda mucho antes y en un volumen mucho mayor. Sandbu siempre ha sido muy crítico en sus columnas del *Financial Times* y en su libro sobre la crisis del euro de 2015 con la austeridad impuesta por Bruselas y Berlín, y lo vuelve a reflejar en esta obra. Su crítica también va dirigida a Washington, donde se dejó que la FED se encargase de resolver la crisis, mientras que la política fiscal (por las divisiones y tensiones en el Congreso) se dejó en la recámara. Esto nos lleva al tercer *strike*, el de hoy, que tiene que ver con el *shock* tecnológico que estamos viviendo y que está aumentando las desigualdades y las brechas de renta en las

ciudades (entre ricos y pobres) y entre el mundo urbano, más dinámico y productivo, y el rural y más conservador. Este *strike* todavía se está jugando (y por lo tanto podemos darle a la pelota con el bate), pero con la COVID-19 la velocidad de la bola sólo ha aumentado (lo que hace la parte más propositiva del libro, escrito antes de la pandemia, todavía más interesante y urgente).

### **Principios rectores y propuestas**

Lo primero que hay que señalar es que las propuestas de Sandbu se basan sobre tres principios rectores: 1) la tecnología no es mala, sino a lo largo de la historia ha mejorado la vida de las personas; 2) la igualdad de oportunidades crea progreso y cohesión social; y 3) no es verdad que haya que decidir entre hiperglobalización, Estado-nación y democracia, como señala Rodrik. Se pueden lograr las tres a la vez siempre que haya voluntad política para hacerlo a nivel doméstico. Y, si no se consigue, por lo menos intentarlo.

Aunque parezca paradójico dentro del contexto español, lo primero que propone Sandbu es que hay que subir los salarios. La reacción frente a esta propuesta de algunos será: «¿Cómo vamos a subir los salarios con el paro y la baja productividad que tenemos? No tiene sentido». Pues sí que lo tiene después de leer la argumentación del autor. Según él, si los sueldos (incluso de los camareros) son mucho más elevados, quizás menos empresarios estarían tentados de abrir un bar o restaurante, en el caso español. Dedicarían sus ahorros y energías a sectores más productivos. Lo cual nos lleva a otro debate. ¿Cómo hacemos para subir los salarios si hay un remanente enorme de mano de obra poco cualificada desesperada por trabajar? ¿Los impone el Estado? Eso va en contra de la economía de mercado, podría pensar el lector. No necesariamente, insiste Sandbu. El Estado puede ayudar a que el equilibrio de fuerzas entre el empresario y el trabajador sea más justo. No hace falta ser sindicalista para entender que, en las actuales circunstancias, con una inflación muy baja y amenaza de deflación, es absolutamente necesario. Los bancos centrales llevan años pidiendo que suban los salarios para redistribuir mejor la riqueza y que la inflación vuelva a acercarse al 2 %, y así normalizar los tipos de interés.

Una manera de hacerlo es encontrar mecanismos que en la era digital consigan lo que tradicionalmente era la labor de los sindicatos. Mucho se ha hablado de que los *riders* tienen que montar sus plataformas de reivindicación, señala Sandbu, pero otros de sus argumentos centrales (y ésta es otra gran contribución del libro) es que la mejor manera de conseguir este cambio estructural es a través de una renta básica universal. Con este mecanismo se conseguirían varios objetivos. Los ciudadanos que se vean desplazados por la tecnología (esos camareros que ya no encuentren trabajo) tendrán lo mínimo para sobrevivir y cuidar de sus familias. Además, tendrán un colchón para poder formarse y reciclarse (al final, la historia nos demuestra que la tecnología siempre crea nuevos puestos de trabajo). Además, como el ingreso mínimo lo tienen asegurado, no necesitan agarrarse a sueldos precarios o ser explotados a través de la contratación ilegal. Se sentirán empoderados.

Para Sandbu, el estado de bienestar de la mayoría de los países de Europa occidental está concebido para la era industrial, donde tradicionalmente el padre de familia tenía un trabajo estable y vitalicio. En ese contexto, ofrecer rentas mínimas para los que no encontraban trabajo durante mucho tiempo y habían ya percibido todo el dinero del paro tenía todo el sentido del mundo. Lo importante era incentivar la vuelta al trabajo cuanto antes y, por lo tanto, esa ayuda tenía que ser mínima (casi de subsistencia), y se retiraría una vez que el trabajador empezase a cobrar por encima de un umbral. Esta lógica, sin embargo, no funciona para el mundo digital del siglo XXI. Los trabajos y los ingresos son mucho menos estables, y eso hace que haya meses o años en el que un trabajador supere el umbral

y otros no, con lo cual se le da y retira la paga recurrentemente y al final acaba desmotivándose, porque ve que cada vez que cobra por encima del umbral se le quita la ayuda y lo pasa mal por temor a que lo despidan otra vez.

Esta situación es todavía más angustiosa para los autónomos, cuyos ingresos son mucho más volátiles, lo que hace que muchos de ellos tengan enormes incentivos para trabajar en negro. Así siguen cobrando la ayuda mientras aumentan sus ingresos. Lo cual es injusto para aquellos que sí cumplen la ley. Para evitar eso, y la enorme burocracia que supone determinar quién merece o no una renta mínima del Estado (el colapso en la tramitación de solicitudes del nuevo ingreso mínimo vital del Gobierno de España es un claro ejemplo), lo mejor y más eficiente sería dar a todos los residentes legales y mayores de edad una renta básica y empezar a cobrar impuestos a partir del primer euro por encima de ese umbral de manera progresiva.

Sandbu responde con evidencia empírica a los escépticos que alegan que una renta básica universal sólo creará millones de vagos que vivirán del Estado. La condición humana no funciona así, alega. Pocos se limitan a vivir con lo básico. Lo normal es que se quiera ganar más dinero para poder vivir mejor y que los hijos tengan más oportunidades. El trabajo ofrece pertenencia y estatus. Según él, lo bueno de salarios más altos y de una renta básica universal es que las personas con menos ingresos ya no tienen que estar en la disyuntiva de si aceptan un trabajo precario que les hará perder «la paguita del Estado»: esa paguita ya la tienen. Ahora sólo se trataría de escalar, lo que hará que haya mucha más movilidad laboral. Nadie se aferrará a un trabajo que odia porque si no se queda sin nada. «¿Hay algo más digno que poder decir: no?», pregunta retóricamente Sandbu.

## Impuestos

La cuestión, lógicamente, es saber cómo se financia esto. Sandbu destaca tres impuestos que podrían generar, de sobra, los recursos suficientes. En primer lugar, habría que reintroducir o aumentar el impuesto sobre el patrimonio. Una medida justa para los tiempos que corren, dice. En un momento de crisis (pandémica), los que más tienen deberían ser los más solidarios. La concentración de riqueza en nuestras sociedades es tal que si se aplicase un impuesto del 2 % al 10 % con más patrimonio (es decir, el 90 % de la población no pagaría ese impuesto) se podría recaudar en torno al 5 % del PIB. También aquí cita los críticos que sostienen que una medida así desincentivaría el ahorro. Pero el ejemplo de Suiza, de los pocos países donde todavía existe el impuesto sobre patrimonio, que se ha aumentado, en los últimos años demuestra lo contrario.

El otro impuesto que tiene que aumentar su recaudación es el de sociedades. No se trata sólo de introducir una tasa Google a las empresas tecnológicas estadounidenses. Lo que hay que hacer, según Sandbu, es que cualquier empresa (independientemente del sector y nacionalidad) pague impuestos según los beneficios que genera en el mercado correspondiente. Y esto no debería entenderse como una medida que desincentive la inversión extranjera y los negocios en España, por ejemplo. Al contrario, es una medida a favor de una competencia justa, con condiciones iguales para todos. Sería *pro-business*. Lo que es injusto es que un comerciante minorista tenga que pagar un impuesto de sociedades mucho mayor que un gigante como Amazon. Lógicamente, una medida de este tipo debería tomarse a nivel internacional (en el seno de la OCDE), pero, si no se logra un acuerdo ahí, habría que hacerlo en la Unión Europea y, si no se consigue tampoco en Bruselas, apostar por una alianza de los países más grandes de Europa.

El tercer impuesto es sobre la emisión de CO<sub>2</sub>. La lógica aquí es implacable para Sandbu. Quien contamina paga. Algunos pensarán, dice, que esto puede perjudicar a los que me-

nos tienen. Los chalecos amarillos empezaron sus protestas justamente porque Macron quería subir el impuesto al diésel. Pero también aquí el estado de bienestar tiene que innovar. La recaudación de los impuestos sobre el carbón podría ir justamente a un fondo que financie la renta básica universal. Con esta medida mataríamos dos pájaros de un tiro: los trabajadores con pocos recursos recibirían bastante más de lo que pagarían en impuestos verdes, y todo el mundo tendría grandes incentivos para reducir su huella de carbono. Canadá ya está intentando implementar un esquema de este tipo, y en Francia y Alemania se está discutiendo al más alto nivel, explica el autor.

Con estos tres impuestos no sólo habría dinero para pagar la renta básica universal, incluso quedarían suficientes fondos para mejorar los servicios públicos de las zonas pobres y periféricas del país. Esa España vaciada y rural, por ejemplo, que cada vez se ve más abandonada por las élites urbanas. Con salarios más altos, una renta básica universal y mejores escuelas y hospitales e incluso políticas públicas que fomenten centros de innovación y desarrollo para ayudar al tejido empresarial local e incluso potenciar una industria exportadora (no hay que descuidar la balanza de pagos), se podría retener e incluso atraer talento y se reduciría el temor actual a la globalización (incluida la inmigración) y la revolución tecnológica que existe en muchas de esas zonas. El empoderamiento estaría mucho más repartido en la sociedad.

### Capitalismo más inclusivo

En general, Sandbu aboga por un capitalismo más inclusivo, con reminiscencias keynesianas, pero adaptadas al siglo XXI. En el plano macroeconómico aboga por una economía de alta presión, centrada en el pleno empleo, pero también consciente de que la productividad es el factor principal para tener niveles de vida altos. En el campo de las finanzas, Sandbu no propone desglobalizar, sino cambiar el sistema crediticio. Las empresas, e incluso los Estados, se deberían financiar menos por deuda y más por capital. En el caso de los soberanos, eso significaría que sólo se pagaría intereses o dividendos si la economía crece. También está a favor de una mayor regulación del sistema financiero a través de la supervisión macroprudencial reforzada, de que se limite o aumente el crédito según las necesidades de cada región (el mundo rural a veces está escaso de crédito), de que se reestructure la deuda personal, corporativa y soberana de una manera más sistemática y de que si hace falta los bancos centrales hagan transferencias directas a los ciudadanos, lo que sería mucho más fácil con divisas digitales y cuentas bancarias en el mismo banco central.

Todo este arsenal de propuestas sonará a muchos demasiado dirigista y hasta estatista. Sería un nuevo contrato social, pero de izquierdas. Sandbu acaba su libro reconociendo que su visión es socialdemócrata (y quizá demasiado nórdica), pero también explica que cree que esta agenda de reformas no tiene que ser necesariamente de izquierdas. La economía de la pertenencia debería ser un ideal tanto para el centro izquierda como para el centro derecha, y lo importante sería llegar a acuerdos transversales que creen más oportunidades para todos. Esto debería valer también para España, donde por ahora las trincheras ideológicas impiden acuerdos transversales. No nos olvidemos que hasta Milton Friedman estaba a favor de un impuesto negativo sobre la renta y del conocido como *helicopter money*.

\* \* \*

**Martin Sandbu** es el comentarista para la Economía Europea del *Financial Times*, donde su columna semanal se llama *Free Lunch* (pese a su nombre, de acceso premium).

Lleva comentando asuntos económicos en el *FT* desde 2009 y antes fue investigador sénior en el Zicklin Center for Business Ethics Research de la Wharton School de la Universidad de Pensilvania, entre otros centros. Otros libros suyos son *Just Business* y *Europe's Orphan*.

Reseña de **Miguel Otero Iglesias**, investigador principal para la economía política internacional en el Real Instituto Elcano y profesor en el Instituto de Empresa. Tiene un doctorado en economía política de la Universidad Oxford Brookes y antes tuvo puestos académicos en la Universidad de Oxford, la London School of Economics y la ESSCA School of Management en París. Es autor de *The Euro, the Dollar and the Global Financial Crisis*.

# TEORÍAS DE LA CONSPIRACIÓN

---

**Quassim Cassam**, *Conspiracy Theories* («Teorías de la conspiración»), Polity Press, 2019, 140 págs.

Por **Ricardo Dudda**

Las teorías de la conspiración, aunque en apariencia no son siempre políticas, sí son siempre propaganda. Eso es lo que argumenta Quassim Cassam en este libro. El autor cree que «su función real es promover una agenda política. No son simplemente teorías como cualquier otra».

Un ejemplo es la teoría de la conspiración sobre la matanza de Sandy Hook, en 2012. Hay quienes sostienen que no se produjo sino que fue un montaje; incluso que la perpetró el Gobierno para así regular el uso de armas en Estados Unidos. No es una conspiración inocente: funciona como propaganda contra la regulación armamentística. Cassam cree que las teorías de la conspiración «luchan por un objetivo político de una manera concreta: promoviendo explicaciones seductoras de grandes sucesos que, objetivamente, son poco probables y creíbles, pero que sí consiguen influir a la opinión pública en la dirección deseada».

La idea de que las conspiraciones son propaganda política es una de las claves de un libro breve, sencillo y a la vez heterodoxo: trata el fenómeno desde un enfoque filosófico y lógico, pero también político, y no da mucha importancia a explicaciones psicológicas, que considera menos útiles para abordar esta cuestión pero que son comunes en los análisis sobre conspiraciones.

## Qué son exactamente las teorías de la conspiración

Cassam comienza su obra desgranando el propio concepto de «teoría de la conspiración». Distingue entre teoría de la conspiración en minúscula (una teoría sobre individuos que colaboran en secreto para perpetrar actos ilegales) y Teoría de la Conspiración (que es una teoría de la conspiración que no sólo resulta difícil de creer sino que parece muy poco plausible). La diferencia es esencial. A lo largo de la historia se han producido muchas conspiraciones. Han ocurrido realmente. Ha habido complots para derribar presidentes y los gobiernos, tanto en democracias como en dictaduras, han ocultado y engañado históricamente a sus ciudadanos. Cassam pone el ejemplo de la Operación Northwoods, en 1962. El presidente del Estado Mayor de EE UU, el general Lyman Lemnitzer, buscaba un pretexto para invadir Cuba y derrocar a Castro. Se le ocurrió un plan con varios ataques terroristas, operaciones de falsa bandera, que atribuiría a terroristas cubanos. EE UU tendría que responder e invadiría Cuba. El plan nunca se llevó a cabo y sólo se desveló en 1997. Las pruebas de que la Operación Northwoods ocurrió son una teoría de la conspiración, pero no una Teoría de la Conspiración.

Una Teoría de la Conspiración, al contrario que una teoría de la conspiración, vende un relato poco plausible, en un tono heterodoxo y *contrarian*. Señala algo que el público supuestamente ha ignorado, desafía el relato oficial y muestra al teórico de la conspiración como alguien que, en solitario, ha desvelado una gran verdad. Las Teorías de la Conspiración son *amateur*, porque no suelen proponerlas expertos a pesar de que usan su lenguaje:

las teorías conspirativas sobre la muerte de Kennedy (que sugieren, entre otras cosas, que no es posible que la bala que lo mató realizara esa trayectoria) no las proponen expertos en balística, pero sí se basan en teorías pseudoacadémicas, usan notas a pie y se basan en una ciencia manipulada. La ciencia funciona como una especie de velo de respetabilidad, pero no se sigue el método científico.

Las Teorías de la Conspiración son, en esencia, especulativas. Para Cassam, «están basadas en la conjetura más que en el conocimiento, en un trabajo de adivinación más que en pruebas sólidas». Si hay documentos que prueban que una conspiración ocurrió, estamos hablando de una teoría de la conspiración, y no de una Teoría de la Conspiración.

Las Teorías de la Conspiración van en contra de las explicaciones obvias o aparentes; no porque tengan pruebas contra ellas, sino porque buscan construir relatos atractivos. Aquí entran en juego dos cuestiones: una visión premoderna y una visión religiosa. La visión premoderna está basada en una idea del filósofo Brian Keeley. Los individuos premodernos creían que «los sucesos complejos estaban controlados por un pequeño número de personas actuando en secreto, y esto es lo que da a estos sucesos un significado más profundo. Desde esta perspectiva, las cosas siempre pasan por una razón». Los individuos modernos, en cambio, asumen que *shit happens*, que a menudo ocurren cosas impredecibles u horribles y no hay una causa ni origen oculto.

La otra visión, la religiosa, tiene algo que ver con la premoderna y es relativamente intuitiva. El individuo, ante la impotencia que le producen sucesos inexplicables (el 11S o la muerte de la princesa Diana), recurre a una visión religiosa: esto no puede ser la realidad, seguro que hay algo más allá, una explicación que nos falta y está oculta. Como dice Cassam, las Teorías de la Conspiración «dan un significado más profundo a sucesos aleatorios. [...] Para los muchos fans de la princesa Diana, su muerte en un accidente de coche fue tan difícil de asumir porque en buena medida no tenía sentido. Es mucho más reconfortante pensar que no fue un accidente, sino que fue víctima de un complot malicioso orquestado por fuerzas secretas».

### Más allá del enfoque psicológico

El enfoque de Cassam, sin embargo, no es explicar por qué las teorías de la conspiración son tan exitosas o por qué la gente se las cree. Primero analiza los enfoques populares sobre teorías de la conspiración, especialmente los psicológicos, pues tiene que ver con cómo funcionan nuestros cerebros. Existe una escala de mentalidad conspirativa. Hay análisis sobre sesgos de intencionalidad (la tendencia a asumir que las cosas pasan por alguna razón y no son accidentes), sesgos de confirmación (la tendencia a mirar sólo las pruebas que confirman nuestras creencias y a olvidar las que las refutan), sesgos de proporcionalidad (la tendencia a asumir que lo que causa un suceso es igual de importante o relevante que el propio suceso). También hay teorías que tiene que ver con rasgos de personalidad. Por ejemplo, los psicólogos sugieren que la gente que cree en una Teoría de la Conspiración es probable que crea en otra, incluso en aquella que refuta otras conspiraciones en las que cree. Es lo que se llama un «sistema de creencia monológica».

Cassam cree que todas estas teorías son valiosas, pero no consiguen probar exactamente la existencia de un *mindset* conspiranoico. La predisposición conspiranoica, según el autor, es más una ideología que un rasgo de carácter o personalidad (o una especie de fallo cognitivo). Es una idea que encaja con la idea de que las Teorías de la Conspiración son siempre políticas y una forma de propaganda. «Una ideología», escribe, «es una serie de ideas y creencias fundamentales que moldean la manera en la que entendemos la realidad política. [...] En el conspiracionismo es fundamental la creencia de que la gente en

puestos de autoridad está ocultándonos cosas a los demás como parte de una conspiración para obtener sus siniestros objetivos». Para apuntalar esta idea, Cassam afirma que la ideología del conspiracionismo resulta atractiva para algunos porque encaja en sus ideologías o creencias políticas más amplias. Uno es más proclive a las teorías de la conspiración que están más de acuerdo con su ideología. «Por ejemplo, la gente que tiene una ideología a favor del mercado libre es más probable que acepte Teorías de la Conspiración sobre el cambio climático. ¿Por qué? Porque, como creyentes comprometidos con el mercado libre, no les gustan las regulaciones que son necesarias para combatir el cambio climático si éste es real».

Aunque la gente que suele creer en conspiraciones es proclive a creer cualquier conspiración, hay a menudo un sesgo ideológico. Por ejemplo, en EE UU, los conspiranoicos de izquierdas son *truthers*: creen que fue el Gobierno de Bush el que provocó el 11S en un atentado de falsa bandera para justificar la invasión de Iraq (los atentados de falsa bandera forman parte de muchas conspiraciones); los conspiranoicos de derechas, en cambio, son *birthers*: creen que Obama no nació en EE UU y que por lo tanto no debería haber sido presidente, un cargo que sólo pueden ostentar ciudadanos estadounidenses (el gran *birther* es Trump, que fue uno de los propulsores más activos y mediáticos de esta Teoría de la Conspiración).

Donde convergen la gran mayoría de teorías de la conspiración, tanto de izquierdas como de derechas, es en el antisemitismo. La historia de las Teorías de la Conspiración no puede entenderse sin los «protocolos de los sabios de Sión», un bulo antisemita surgido en la Rusia zarista que sirvió como pretexto para innumerables pogromos y persecuciones de judíos. Aunque es innegable que el antisemitismo es mucho más explícito en las conspiraciones de derechas, también está muy presente en las de izquierdas: se empieza criticando el dominio global de unos pocos hombres de las finanzas y se acaban usando tropos antisemitas sobre banqueros judíos.

Cassam se hace varias preguntas y anticipa a sus críticos. Por ejemplo: ¿es propaganda aunque el emisor no sepa que lo es? Sí. «Lo que es o no propaganda no está determinado por la intención de la gente que la extiende». Y pone el ejemplo de la bandera confederada de EE UU: uno puede llevarla como defensa y orgullo del «patrimonio» del sur de Estados Unidos, pero el mensaje que envía es diferente: la usan racistas y supremacistas, e históricamente ha sido un símbolo en defensa de la segregación racial, ya que los confederados se negaban a acabar con el esclavismo.

Si las teorías de la conspiración son propaganda, y esa propaganda a menudo es de ideas de extrema izquierda o extrema derecha, ¿eso significa que no hay moderados que crean en teorías de la conspiración, que todos los teóricos de la conspiración son de extrema izquierda o extrema derecha? No, pero sí que es cierto que las teorías de la conspiración conllevan siempre una carga política. Quizá no eres de extrema derecha, pero si uno promueve una teoría extendida por la extrema derecha es inevitable que se le asocie con la extrema derecha.

### **¿Por qué nos deben importar las Teorías de la Conspiración?**

Hay quienes sostienen que nos hacen más escépticos, y eso es algo positivo. Y, quizá, no son tan mayoritarias: son oscuras, las discuten pocas personas en foros *underground*. Cassam piensa, en cambio, que son muy perjudiciales. En primer lugar, porque hacen daño a quienes acusan falsamente. También siembran dudas sobre cuestiones establecidas. Muchos de quienes se creen las teorías sobre la relación entre las vacunas y el autismo no descartan completamente la versión oficial, pero sí se colocan en un término medio y en

una sospecha constante. Y esto es igual de peligroso: «No saber lo que pensar sobre si una vacuna es segura equivale a no saber si una vacuna es segura. Y esto equivale, en otras palabras, a un tipo de ignorancia o a estar en la oscuridad». La persona que creía en las vacunas y ahora tiene dudas ha perdido un conocimiento no porque hayan cambiado los hechos, sino porque le han introducido dudas.

Al sembrar las dudas, éstas se extienden a otras cuestiones. Las Teorías de la Conspiración, como son en esencia *amateur*, reniegan de los expertos. Los filósofos hablan de que el conocimiento que obtenemos de un experto es un «conocimiento testimonial»: sabemos algo porque alguien que ya lo sabe nos lo ha dicho. Pero sin confianza no existe el «conocimiento testimonial». Si tenemos dudas de que nuestro cardiólogo está haciendo lo correcto, es como si creyéramos realmente que no está haciendo lo correcto. Las dudas empañan todo. Y esas dudas tienen consecuencias graves: no sólo en la conversación pública, sino en la confianza en las instituciones y la política, o incluso en la salud pública.

### **Cómo luchar contra las teorías de la conspiración**

Éste es quizá uno de los capítulos más delicados y cuestionables del libro, a pesar de que es uno de los más importantes. En primer lugar, Cassam responde a quienes piensan que no merece la pena perder el tiempo intentando refutar teorías de la conspiración. Es cierto que existe el riesgo de que, al intentar refutar esas ideas, las estemos publicitando; y no sólo eso: que las estemos legitimando. Esto es así, pero es aún peor la inacción. Si las conspiraciones son algo dañino, no deberíamos dejar que proliferen libremente. «Y también hay algo arrogante en pensar que teorías en las que creen millones de personas no merecen nuestra consideración».

Una de las estrategias para enfrentarse a las teorías de la conspiración es hacer una «infiltración cognitiva», una idea de Cass Sunstein y Adrian Vermeule. Consiste en infiltrarse en foros o lugares donde se extienden estas teorías e intentar sembrar dudas. Según Sunstein y Vermeule, la gente que cree en estas teorías tiene una «epistemología dañada»: si creen en ellas no es por irracionalidad, sino porque no tienen suficiente información. Cassam está en desacuerdo. El problema, especialmente hoy gracias a Internet, no es que haya poca información, sino que hay demasiada. «Si tienen una epistemología dañada no es porque carezcan de información, sino porque su “información” no es fiable y sus “expertos” no son realmente expertos».

Además, intentar convencer a un creyente radical en teorías de la conspiración es casi imposible. Una de las condiciones de estas teorías es que se «autosellan» (son *self-sealing*, como dicen Sunstein y Vermeule): siempre encuentran maneras de no ser refutadas. Por ejemplo, el clásico «eso es lo que ellos (los conspiradores) quieren que pienses». Y asunto zanjado. Cualquier refutación es siempre una prueba más que explica la conspiración. También existe el efecto *backfire*, o contraproducente: a veces la prueba que refuta la teoría no sólo no convence, sino que reafirma la creencia en la conspiración.

En definitiva, es casi imposible persuadir a un creyente radical en teorías de la conspiración. «Las Teorías de la Conspiración no son simplemente teorías. Son expresiones de una visión particular sobre el funcionamiento del mundo, y no podemos acabar con ellas sin cambiar la visión del mundo de los conspiranoicos. Y eso es algo que no puede hacerse simplemente citando estudios oficiales y expertos».

Aquí se plantea, entonces, un dilema. Por una parte, no podemos ignorar estas teorías, que provocan muchos daños. Por otra, es poco probable que los teóricos de la conspiración cambien de idea. Cassam encuentra un término medio: hay que disuadir a aquellos

proclives a creer en esas teorías pero que todavía son moderados o están indecisos. Y son necesarios dos enfoques. Uno intelectual y otro político.

El intelectual consiste en identificar y refutar todas las ideas clave que comparten muchas teorías de la conspiración, esperando que se produzca un efecto dominó. Muchas de estas teorías parten de supuestos y especulaciones similares. Refutar, refutar y refutar. Cassam piensa que esto no funciona con los creyentes *hardcore*, pero sí con los indecisos, que son la mayoría.

El enfoque político, por su parte, implica insistir en que las teorías de la conspiración son propaganda política, y que a veces es propaganda política de ideologías odiosas como la extrema derecha (esto puede funcionar especialmente con conspiranoicos de izquierda); demostrar que uno puede criticar las Teorías de la Conspiración sin ser alguien que disculpa el mal comportamiento de los gobiernos (que Bush no sea culpable del 11S no significa que sea inocente de la guerra de Iraq); tener cuidado con la distinción entre teoría de la conspiración con minúsculas y Teoría de la Conspiración con mayúsculas (que haya teorías de la conspiración que tienen sentido no significa que todas lo tengan).

Aunque da la sensación de que Internet promueve la publicación de conspiraciones, también permite una refutación más fácil: los hechos y datos están a mano. Una búsqueda rápida de David Irving en Google convence a cualquier escéptico con el Holocausto de que sus teorías están ampliamente refutadas. «Internet extiende el veneno de las Teorías de la Conspiración», dice Cassam, «pero también es el antídoto».

Quizás una de las soluciones más ingenuas de Cassam es la que tiene que ver con la educación. Es cierto que hay que educar para saber discernir entre un bulo y una noticia, pero la apelación superficial a la educación es un comodín perezoso. Es mucha más efectiva su estrategia de apelar a las emociones: demostrar al conspiranoico indeciso a qué objetivos sirven muchas de las conspiraciones en las que cree, a quiénes benefician y a quienes dañan.

## Conclusiones

Las Teorías de la Conspiración son, en definitiva, especulativas, esotéricas, *amateur*, *self-sealing*, premodernas y heterodoxas o *contrarian*. Es difícil luchar contra ellas, pero según el autor es mucho más peligroso no hacerlo. Un enfoque político y moral es mucho más efectivo que uno psicológico. Para hacerlo, hay que dedicar esfuerzos análogos y una dedicación similar a la de los conspiranoicos, que suelen estar muy comprometidos con sus teorías. Es un esfuerzo que merece la pena si queremos conservar una democracia liberal robusta y sana.

\* \* \*

**Quassim Cassam** es profesor de Filosofía en la Universidad de Warwick (Reino Unido). Es experto en epistemología, teorías de la conspiración, extremismo y terrorismo. Es autor, entre otros libros, de *Vices of the Mind: from the Intellectual to the Political* (Oxford University Press, 2019). Su próximo libro se titula *Extremism: A philosophical Analysis*.

Reseña de **Ricardo Dudda**, miembro de la redacción de *Letras Libres*, columnista en *El País* y *The Objective* y autor de *La verdad de la tribu. La corrección política y sus enemigos* (Debate, 2019).

**ODLI. N.º 92, Noviembre 2020**

**IDEAS DE INTERÉS**

**1. DISPERSIÓN EN LAS CIUDADES EN LA POST-PANDEMIA.**

- Autor: Joel Kotkin, Cristiana Ciaraldi y Norman Foster.
- Comentario: José Balsa.

**2. ¿CUÁNTOS TRABAJOS SE PUEDEN HACER DESDE CASA?**

- Autores: Jonathan I. Dingel y Brent Neiman.
- Comentario: Gloria Álvarez Hernández.

**3. CONTINUISMO TECNOLÓGICO.**

- Autores: Gartner.
- Comentario: Gloria Álvarez Hernández.

**4. LIMITACIONES DE LOS EXPERIMENTOS ALEATORIOS SOBRE EL TERRENO.**

- Autores: Abhijit Banerjee, Esther Duflo, Michael Kremer, Angus Deaton, Sebastian Galiani, Paul Gertler, Aidan Coville y Susumu Yoshida.
- Comentario: Francesc Trillas.

**LIBROS**

- *Everyday Chaos: Technology, Complexity and How We're Thriving in a New World of Possibility*, de **David Weinberger**.
- *Humankind, a Hopeful History*, de **Rutger Bregman**.

**ODLI. N.º 91, Octubre 2020**

**IDEAS DE INTERÉS**

**1. LA PANDEMIA ACELERA LA LLEGADA DEL FUTURO DEL TRABAJO.**

- Autor: Richard Baldwin.
- Comentario: Jordi Domènech.

**2. FUSIONAR BLOCKCHAIN Y COMPUTACIÓN EN LA NUBE.**

- Autores: Keke Gai, Jinnan Guo, Liehuang Zhu y Shui Yu.
- Comentario: Gloria Álvarez Hernández.

**3. LAS IMPLICACIONES ECONÓMICAS DE LAS ESTRUCTURAS Y POLÍTICAS LINGÜÍSTICAS.**

- Autores: Victor Ginsburgh y Shlomo Weber.
- Comentario: Francesc Trillas.

**4. LA CANIBALIZACIÓN DE LAS RENOVABLES.**

- Autores: Javier López Prol, Karl W. Steininger y David Zilberman.
- Comentario: Xavier Massa.

**LIBROS**

- *The Brussels Effect: How the European Union Rules the World*, de **Anu Bradford**.
- *The Myth of Chinese Capitalism. The Worker, the Factory, and the Future of the World*, de **Dexter Roberts**.

**ODLI. N.º 90, Septiembre 2020**

**IDEAS DE INTERÉS**

**1. PREVENIR EL DESABASTECIMIENTO EN LA CADENA DE SUMINISTROS.**

- Autores: Thomas Y. Choi, Dale Rogers, Bindhya Vakil, Zhang Yuwen y Chen Wenqu.
- Comentario: Gloria Álvarez Hernández.

**2. LA PROPENSIÓN HISTÓRICA DE EE UU A LA INFECCIÓN.**

- Autor: Werner Troeske.
- Comentario: Francesc Trillas.

**3. GANANCIAS NO MEDIDAS DE LA ECONOMÍA DIGITAL.**

- Autores: Erik Brynjolfsson y Avinash Collis.
- Comentario: Jordi Domènech.

**4. LA TRAMPA DE LA DEMANDA ENDEUDADA.**

- Autores: Atif Mian, Ludwig Straub y Amir Sufi.
- Comentario: Jordi Domènech.

**LIBROS**

- *Samsung Rising: The Inside Story of the South Korean Giant That Set Out to Beat Apple and Conquer Tech*, de **Geoffrey Cain**.
- *The Triumph of Injustice: How the Rich Dodge Taxes and How to Make Them Pay*, de **Emmanuel Saez y Gabriel Zucman**.

**ODLI. N.º 88-89, Julio-Agosto 2020**

**IDEAS DE INTERÉS**

**1. LO QUE YA SE PUEDE DECIR DE LA ECONOMÍA DE LA COVID-19.**

- Autor: Joshua Gans.
- Comentario: Francesc Trillas.

**2. AVANCES PARA EL SOLDADO DEL FUTURO.**

- Autor: U.S Army CCDC Army Research Laboratory.
- Comentario: Gloria Álvarez Hernández.

**3. MÁS ALLÁ DEL SUPERORGANISMO.**

- Autor: N. J. Hagens.
- Comentario: Xavier Massa.

**4. LAS CONSECUENCIAS ECONÓMICAS DE LA DESPOBLACIÓN.**

- Autor: Charles I. Jones.
- Comentario: Jordi Domènech.

**5. EL POSO DEL COMUNISMO EN EL ESTE DE EUROPA**

- Autores: Nicola Fuchs-Schündeln y Mathias Schündeln.
- Comentario: Francesc Trillas.

**6. BLOCKCHAIN APLICADO A LA SEGURIDAD DE ENJAMBRES DE ROBOTS**

- Autores: Volker Strobel, Eduardo Castelló y Marco Dorigo.
- Comentario: José Balsa Barreiro.

**7. EL EXCESO DE AHORRO DE LOS RICOS SE TRADUCE EN ENDEUDAMIENTO DEL RESTO.**

- Autores: Atif Mian, Ludwig Straub y Amir Sufi.
- Comentario: Jordi Domènech.

**8. QUÉ PASA CUANDO SE DESCUBRE QUE LAS NOTICIAS SON FALSAS.**

- Autores: Óscar Barrera, Ekaterina Zhuravskaya, Sergei Guriev y Emeric Henry.
- Comentario: Francesc Trillas.

**LIBROS**

- *Radical Uncertainty*, de **John Kay y Mervyn King**.
- *Human Compatible: AI and the Problem of Control*, de **Stuart Russell**.
- *Left to their Own Devices. How Digital Natives are Reshaping the American Dream*, de **Julie M. Albright**.
- *Narrative Economics: How Stories Go Viral and Drive Major Economic Events*, de **Robert J. Shiller**.





